



27 mayo 1888

Virtudes de la Madre Thérèse-Emmanuel

Mis queridas hijas

Desde nuestra última reunión hemos sufrido una pérdida tan grande que no puedo hacer otra cosa que decir unas palabras al respecto. Todas vosotras sabéis lo que fue para la Congregación la Madre Thérèse-Emmanuel. Cómo, por su espíritu religioso, por su trabajo, por su fe, por su devoción, fundó esta obra de la Asunción. Hay, sin embargo, algunas características que me llaman más la atención en ella y de las que quisiera hablarles.

La primera es su humildad y su obediencia. Conocí a Madre Thérèse-Emmanuel cuando era joven. La vi en todos los estados de su vida. Nunca fue engreída. Nunca tuvo necesidad de presumir. Nunca dejó de ser con su superiora la hija más humilde, sumisa y flexible que se pueda imaginar. Esto es tanto más notable cuanto que no debe malinterpretarse: había en ella grandeza y a veces incluso altivez. Pero no era amor propio; nunca lo tuvo, ni de joven ni de mayor.

Tenía una razón exigente, a la que le gustaba saber el porqué de las cosas, que no se daba por satisfecha sin muy buenas razones. Todas las que siguieron sus lecciones y fueron enseñadas por ella deben recordar cuán razonable era su enseñanza, cuán justa y lógica era su manera de exponer las cosas de la fe y la religión.

Debido a este alto nivel de razón, era tanto más grande y notable en ella que estuviera completamente libre de todo orgullo. Pero como era un alma grande, era recta y no se detenía en sí misma. Nunca vi en ella la necesidad de hablar de sí misma, de hacer algo por las criaturas. Era un alma extremadamente virginal. Para mí, era la virginidad de su cuerpo y de su alma, la pureza, la rectitud de su corazón, de su mente y de su voluntad, lo que la preservaba absolutamente de esta disposición y la elevaba tan por encima de ella.

La Madre Teresa-Emmanuel tenía un concepto muy elevado de nuestra vocación. Para ella, una religiosa de la Asunción tenía que estar tan por encima de las cosas de este mundo para llegar a Dios, que el sentimiento que tenía de ello despertaba en ella misma indignación cuando alguien no estaba a la altura del ideal que pretendía poner ante los ojos de las hermanas.

Lo que era su enseñanza, así era su alma: soberanamente elevada por encima de esas bajezas y mezquindades que, a nosotras, pobres imperfectas que somos, nos hacen pensar en nosotras mismas y recaer sobre nosotras mismas. Si apelo a todos vuestros recuerdos y os pregunto si alguna vez habéis visto esto en ella, todas me responderéis que no.

Fue gracias a este carácter de humildad y rectitud que todas las gracias de Dios pudieron derramarse en su alma. Dios no derrama sus gracias y sobre todo gracias de elección en un alma que está llena de amor propio y que puede buscar su propio honor en los dones de Dios. Si en un alma así se viera la aparición de gracias especiales, deberíamos dudar y temblar.

Generalmente se reconocen tres agentes en la conducta de las almas interiores. El primero es el agente divino, y éste es el que guió a la Madre Teresa-Emmanuel. El segundo es

el agente natural. La naturaleza de la Madre Teresa-Emmanuel era rica en imaginación, en pensamientos, en visiones muy elevadas, y no niego que a veces mezclara con el agente divino ciertas visiones bellas, santas y, hasta cierto punto, concebidas por su inteligencia.

Hay que decir aquí lo que el Padre d'Alzon repetía a menudo: "Cada alma privilegiada ha recibido la gracia de Dios según el recipiente". Así, santa Teresa la recibió con gran inteligencia. Otros santos, aunque muy agradables a Dios, recibieron sus gracias con una inteligencia tan mediocre que lo que dicen de ella parece algo ordinario, apenas proporcionado a la grandeza de la luz divina, y no adquiere la belleza que se esperaría encontrar en ella.

En la Madre Teresa-Emmanuel, la gracia de Dios descendió a una inteligencia maravillosamente dotada, a un corazón puro, libre de sí mismo, a una mente alimentada por las enseñanzas de la fe, a un alma en la que sólo vivía Jesucristo, que era su misterio y su única ocupación. Lo buscaba en el estudio, en la lectura, en el Evangelio, en el Oficio, lo buscaba en todas partes: y no es de extrañar que la luz de Dios, descendiendo en ella, fuera recibida allí según el modo de tal vaso, con gran belleza, con cierta sabiduría y poder de seducción. No es negar al agente sobrenatural admitir en este sentido una cierta mezcla de puntos de vista naturales combinados con la acción divina.

El tercer agente es el agente diabólico. Nunca hubo nada de él en la Madre Thérèse-Emmanuel. Todos los que la conocieron, que apreciaron sus escritos, sus palabras, su conducta, su vida interior, todos dijeron: "No hay nada del agente diabólico allí, nada, nada". El diablo engaña fácilmente a un alma que se mira a sí misma, que quiere sobresalir, que busca su propia excelencia. Pero ¿cómo puede engañar a un alma que es libre de sí misma? No digo que no tentara a la Madre Teresa-Emmanuel. Pero cuando la tentó, fue fuera, nunca dentro.

Si yo fuera la única a decir estas cosas, no tendría demasiada confianza en la sabiduría de este juicio. Pero tal fue la apreciación de todos los que tuvieron trato serio con ella, empezando por Monseñor Gay que me dijo: "No hay nada que temer en esto. No hay nada diabólico en ello. Es Dios quien actúa y le habla.

El tercer carácter que encuentro en la Madre Teresa-Emmanuel es su correspondencia a la gracia. El Señor pedía, llamaba, hablaba, y ella respondía. Lo que la sostenía era la humildad y la obediencia. Era tan obediente, que hasta el final de su vida actuó movida por la obediencia.

A veces le costaba, porque no todo estaba de acuerdo con su espíritu. El Señor la llevaba a su cruz y a grandes sufrimientos. ¿Cómo podría no sentirlo?

Os he dicho que su razón era exigente. Pero a veces el Señor pide cosas que la razón no entiende. Esto le sucedía a ella y respondía. Lo que la sostenía era la humildad y la obediencia. Era tan obediente que, hasta el final de su vida, fue la obediencia lo que la impulsó.

Cuando, en vísperas de su muerte, me dijo: "Madre, me ha hablado de la Extremaunción, ¿es que voy a morir? Yo le respondí: "Madre, no lo sé. Sólo Dios tiene el secreto de nuestra hora final. Pero está tan débil que podría irse en cualquier momento de debilidad". Entonces ella me dijo: "Si eso es lo que piensa, estoy muy contenta, esperaba que me lo dijera. "Ahora es Dios quien lo quiere". Siempre fue así, obediente como una niña, sencilla, fácil e ingenua.

Luego le leyeron las oraciones de la Extremaunción. Se preparó lo mejor que pudo. Recibió la gracia con todo su fervor y devoción. Entre los dos sacramentos, pidió perdón a las hermanas y sus últimas palabras fueron: "Sed siempre obedientes". La obediencia fue su gracia y su fuerza. Luego dijo: "Todos mis miembros son sagrados para Dios. Él lo ha consagrado todo en mí.

El último día habló muy poco. Estaba tan débil y había sufrido tanto. Era difícil arrancar una palabra de sus labios, y no siempre se la entendía.

Así, desde su juventud, cuando se vino conmigo y hasta su muerte, he aquí un alma rica en dones de Dios, sabía con una sabiduría que habéis podido apreciar, y cuyo único pensamiento era obedecer. Siempre se mantuvo en la obediencia hacia mí, de la manera más humilde, flexible e infantil. Como decía Monseñor Gay, no era sólo por cariño. Me demostró un afecto y una

fidelidad que nunca olvidaré y que hizo de nuestras dos almas una sola. Obedecía por un sentimiento de fe, deseaba que le dijera la palabra de Dios. Era por un pensamiento de gracia, para hacer la voluntad de Dios, que ella hacía las cosas que yo le decía. Cuando a veces yo no veía como ella, su mente se volvía hacia lo que yo deseaba. Era el alma más obediente que he conocido y la más absolutamente libre de sí misma.

Madre Teresa-Emmanuel tenía un gran impulso de amor a Dios. Nunca tuvo otro amor. Era el tipo de lo que dicen nuestras Constituciones: *Nada había en su corazón que no fuera Jesucristo o que no fuera en su nombre, por su orden y por amor a Él.*

Amó a su Congregación, a sus hermanas, a sus amigas y a las almas a las que se dedicó con fuerza y ternura, pero en nuestro Señor y por nuestro Señor. Su virginidad era la virginidad misma. Era la virginidad del corazón, la virginidad del espíritu, la virginidad de la criatura que perteneció a Dios desde siempre.

Su extrema generosidad, humildad y obediencia permitieron a Dios confiar en ella. ¿Cómo podría Dios confiarse, hablar a un alma que convertiría su gracia en algo personal? Esta es la gran condición, gracias a la cual Madre Teresa-Emmanuel nunca pudo ser engañada y a la que debe el haber sido objeto de tantas gracias de Dios. Como testigo de su vida interior, puedo decir que estaba llena de las gracias de Dios.

Tenía designios para ella y, hasta el final de su vida, trabajó para cumplirlos.

El día antes de morir, me dijo: "No hice todo lo que Dios quería que hiciera. No cumplí todos sus designios". Yo la consolé diciéndole: "No creo que los santos mismos, con excepción de la Santísima Virgen, puedan decir al pasar por este mismo momento que correspondieron a todas las gracias de Dios".

Estoy convencida de que ni siquiera los más grandes santos han podido dar a Dios todo lo que les pedía. Dios está tan por encima de sus criaturas, y lo que da es tan grande. Sólo la Santísima Virgen ha correspondido a la plenitud de los designios de Dios, y en eso es única. De ella se puede decir que cada gracia enviada desde el cielo ha producido el céntuplo. De este modo, Dios ha elevado su santidad por encima de toda santidad, su belleza por encima de toda belleza, y la ha convertido en la reina de todos los santos. De la Inmaculada Concepción llegó a la Asunción, pasando por la maternidad divina y al pie de la cruz, donde se convirtió en madre de todos los hombres. No creo que ninguna otra criatura, pensando en las gracias de Dios, pudiera decirse a sí misma: "No hay ninguna que yo haya defraudado". No lo creo, y no estaría yo muy tranquila de un alma que tuviera esa opinión de sí misma.

En cuanto a la Madre Thérèse-Emmanuel, estos son sus pensamientos, sus deseos, y sus ejemplos. Si Dios le concedió muchas gracias, fue porque también era un alma de oración. Siempre estaba rezando y no necesitaba estar en la capilla para hacerlo. El último día, mientras rezábamos el rosario a su lado, dijo muy bajito: "Estoy un poco cansada, rezo interiormente". De hecho, en todos sus sufrimientos, en su vida religiosa, en sus primeros años, siempre rezaba mucho externamente, como habéis visto. Pero sobre todo rezaba interiormente. No había lugar en el que, a causa de su fe viva, de su amor ardiente y de su cuidado por informar de todo al Señor, no estuviera en oración.

No voy a contaros lo que hizo como maestra de novicias, eso sería infinito. Sabemos lo solícita que era por cada alma. Pediría a cada una de las que la conocieron que escribieran las palabras más sobrenaturales que escucharon de ella, las que más les conmovieron.

Finalmente, para resumir, era un alma cuya humildad, obediencia, oración, pureza de corazón y de intención, alejamiento de todo personalismo y fidelidad a la gracia eran superiores a las de cualquier de las personas que yo he podido conocer.